



# Eclesiología de la comunión y para la comunión: vocación primigenia y llamado profético para la Iglesia de hoy

Yoise Esmít Gutiérrez Pérez <sup>1</sup>  
Jonny Alexander García Echeverri <sup>2</sup>

## Resumen

El presente artículo es una reflexión en torno a la eclesiología de la comunión a partir de sus fundamentos: Palabra de Dios y Magisterio de la Iglesia. El escrito centra su atención en la necesidad que tiene la Iglesia de vivir, desde el proyecto de Jesús, su vocación: la fraternidad universal. El texto está estructurado en dos momentos. En un primer momento, se presentan los fundamentos teológicos de la eclesiología de la comunión: bíblico, eclesiológico y Trinitario. En el segundo momento, se expone la necesidad histórica de la eclesiología de la comunión: su definición y su sentido profético. Todo esto con la necesidad de presentar la eclesiología de la comunión como un estilo de vida, una forma de ser y estar en el mundo que da identidad a la iglesia, que le permite responder a su más grande ideal que es el misterio trinitario, de un Dios que es comunidad.

### Palabras clave:

Eclesiología de la comunión, Comunidad, Misión, Espiritualidad, Iglesia.

## Abstract

*This article is a reflection around the ecclesiology of communion starting from its bases: The Word of God and the Magisterium of the Church. The writing focuses its attention on the need for the Church to live, from the project of Jesus, its vocation: universal brotherhood. The text is structured in two moments. At first, the theological bases of the ecclesiology of communion are presented: biblical, ecclesiological and Trinitarian. In the second moment, the historical necessity of the ecclesiology of communion is exposed: its definition and its prophetic meaning. All of this is with the need to present the ecclesiology of communion as a life style, a way of being in the world that gives identity to the church, which allows it to answer to its greatest ideal, which is the Trinitarian mystery of a God who is community.*

### Keywords:

*Ecclesiology, Communion, Community, Mission, Spirituality, Church.*

<sup>1</sup> Estudiante del Programa de Teología Virtual (VIII semestre), Universidad Católica de Oriente (Rionegro, Antioquia). Religiosa de la Congregación Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias. Actualmente realiza su trabajo pastoral en Livingston, Izabal (Guatemala). Correo electrónico: hyogupe@gmail.com

<sup>2</sup> Candidato a Doctor en Filosofía, Magister en Filosofía, Teólogo, Licenciado en Etnoeducación y Bachiller Canónico en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana. Líder del grupo investigativo Humanitas. Coordinador de la Maestría en Humanidades, Universidad Católica de Oriente. Orcid: 0000-0002-4273-9917. Correo electrónico: agarcia@uco.edu.co

**Introducción** El ideal de esta reflexión es ofrecer respuestas, pero sobre todo generar interrogantes: ¿Es posible vivir el proyecto de comunidad que las primeras comunidades cristianas presentaron en el libro de Hechos de los apóstoles? ¿Es realmente necesario para la Iglesia de hoy, retornar al proyecto de Jesús en cuanto a la vivencia comunitaria y por ende eclesial? ¿Cómo la iglesia ha comprendido el verdadero sentido y profundidad de la eclesiología de la comunión para la comunión? Estas preguntas resuenan en el corazón de la Iglesia y no solo de la jerárquica, sino sobre todo en el interior del pueblo laico, el mismo que empieza a despertar y darse cuenta de que ser parte, no implica ser tan solo consumidor de doctrina y observador de normas, sino, también supone una auténtica participación transformadora, tal y como lo plantea la *Lumen Gentium*:

*Los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la iglesia y en el mundo (1965, Concilio Vaticano II [LG], n. 31).*

Estas palabras señalan que la iglesia es asunto de los bautizados. La eclesiología de la comunión es un proyecto que involucra a todos, que urde sus raíces en la palabra de Dios, en el proyecto del Reino y en el ideal de las primeras comunidades cristianas, en atención al misterio trinitario. Volver a estas verdades y vivirlas con todo lo que estas implican, sería el camino de renovación de la iglesia.

Al mundo le urgen muchas cosas, unas más vitales que otras, pero la vida de comunidad, el llamado a la fraternidad universal, el saberse pueblo y experimentarse amado y al mismo tiempo identificado con el proyecto de Dios en Jesucristo, no es solo una necesidad, es una búsqueda incansable para responder a la voz que clama dentro. Ser comunidad, ser iglesia (independiente del credo) saberse hermanos en el Hermano, es vital y en este sentido la iglesia católica tiene mucho que decir, mucho que enseñar, pero también tiene mucho que aprender.

El objetivo de esta reflexión es descubrir en la experiencia comunitaria de las primeras comunidades cristianas, testificada en Hechos 4, 32-35, en la teología trinitaria y la doctrina de la Iglesia un modelo eclesiológico para la comunión. a través del método propuesto por el teólogo Alberto Parra (2006): “El método de la teología es hermenéutico en cuanto interpretativo del gran texto de la revelación histórica de Dios” (p. 13). Dicho método se formula sobre tres ejes conceptuales: el texto (Revelación y Tradición), el contexto (situación actual) y el pretexto (una ética de liberación).

A nivel metodológico, el texto se ha estructurado en dos grandes momentos: en el primero, se abordarán los fundamentos teológicos para una eclesiología de la comu-

nión; en el segundo, se presentará la necesidad histórica, la definición y el sentido profético de dicha eclesiología.

Cada momento buscará identificar los puntos de distanciamiento de la espiritualidad de la Iglesia de hoy con la espiritualidad de la primera comunidad cristiana, a través de la comparación histórica, la investigación de documentos académicos y la doctrina de la Iglesia, con el ánimo de ofrecer conclusiones en torno a la necesidad y actualidad de la eclesiología de la comunión.

La Iglesia como institución religiosa, con influencia política, social e incluso económica se presentó y mantuvo durante la edad media y gran parte de la modernidad como orientadora y rectora de la comunidad cristiana. Sin embargo, como lo hace ver la teóloga Silvia Canto Celis (2008) en el s. XVIII y XIX el pensamiento moderno fue minando esta hegemonía al poner en tela de juicio la capacidad de la Iglesia para regir. Este hecho provocó que la Iglesia se replegara, cerrando las puertas y ventanas a nuevos aires de renovación.

Ideas preconciarias tales como: “fuera de la Iglesia católica no hay salvación” o. “La iglesia institución es perfecta e infalible”, demostraban incapacidad para entrar en diálogo con otras expresiones de fe y aprender de ellas. Además, pone en evidencia a una jerarquía carente de circularidad y ubicada en la cima de la pirámide social-religiosa, que se convertía en reguladora de normas, omitiendo el llamado del Evangelio.

El choque con esta realidad compleja, que alejaba a la iglesia jerárquica de la iglesia sufriente, generó procesos de reflexión y confrontación, de manera especial, después de la segunda guerra mundial. Celis (2008) indica que es “precisamente durante el Concilio Vaticano II, que la Iglesia Universal reorienta la comprensión de sí misma y vuelve a ubicarse dentro del mundo y reentabla una relación con el mismo” (p. 17).

En estas dos etapas de la historia como lo son la Edad media y el modernismo, se ha puesto en evidencia el distanciamiento de la Iglesia de su origen y esencia: la comunión, pero, al mismo tiempo, el retorno por la acción del Espíritu Santo, que guía y dirige el cuerpo místico de Cristo hacia la comunión Trinitaria y la fraternidad universal, tal y como lo expresa la *Lumen Gentium* en el numeral 4:

*El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (1Cor 3, 16) y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (Gal 4, 6; Rm 8, 15-16) Guía a la Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y ministerios (p. 36).*

Así pues, se hace necesario ahondar en los fundamentos de una eclesiología para la comunión, como una exigencia pneumatológica, como un compromiso con la historia trazada misteriosamente por el Espíritu, que clama en el corazón de la iglesia, mantener viva la memoria de la vocación a la comunión.

La Eclesiología para la comunión hunde sus raíces en la tradición neotestamentaria, en el magisterio de la Iglesia que, para el interés de la presente reflexión, centrará su atención en el Concilio Vaticano II y en algunos documentos de pontífices. Además, se asumirá el pensamiento de diversos teólogos que han abordado el tema de la eclesiología de la comunión, no como un tema nuevo, sino como aquel que aún debe ser reflexionado y enriquecido.

### **“Con un solo corazón y una sola alma” (Hechos 4, 32 – 35): fundamento bíblico para una eclesiología de la comunión**

De Juan (2020) en el artículo El ideal de la comunión eclesial en Hechos de los Apóstoles ha puesto de relieve que, la vida de la primera comunidad cristiana, detallada en el libro de los Hechos, con sus matices históricos y utópicos, son la base bíblica de la verdadera eclesiología de comunión: “La *κοινωνία* va adquiriendo fuerza en la vida de las comunidades hasta el punto de ser una preocupación constante para los creyentes en Cristo” (p. 105).

El término *κοινωνία* (comunión) designaba una relación filial entre personas que consideraban tener algo en común. Para la comunidad cristiana esta relación es de orden espiritual-religioso, ya que la base de esta experiencia comunitaria es diseñada por el mismo Jesús en el evangelio: “Que todos sean uno como Tú Padre estás en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Juan 17, 21)

Diversos pasajes de las escrituras en la tradición neotestamentaria, especialmente en la relación establecida entre Jesús y sus discípulos, se convierten en fuentes fundamentales de comunión para la primera comunidad cristiana, quien, a la luz de la vida de Cristo y sus palabras, se construyen a sí mismas para asemejarse al ideal de su fundador. Textos como Mateo en el capítulo 18: “El más grande es el más pequeño y en el más pequeño está Cristo. Llamados a cuidar de todos y a la corrección fraterna, llamados a la unidad que hace presente a Cristo e invitados a perdonar sin calcular límites” (Mateo 18, 4 -36). El mismo Mateo en el capítulo 20 indica que la comunidad se construye desde el servicio, brinda auténtica autoridad y no el poder que exige ser servido (Mateo 20, 18-28).

En su tesis de grado, Ramos (2020) señala en esta misma perspectiva que la *Koinonía* es Cristo que sigue viviendo en la comunidad y creando comunión de vida mediante el don continuo de la salvación” (p. 24). Para expresar que la comunidad no es solo un grupo de personas en torno a..., sino una única persona de la cual todos por el don de la salvación somos parte.

De Juan Fernández (2020) resalta que en el libro de los Hechos, la enseñanza de los apóstoles, (didaché, Kerigma y catechesis), constituye la base de la doctrina cristiana y la comunicación del Jesús histórico. La misma,

tiene la intencionalidad de despertar en los otros el deseo de pertenecer a la comunidad cristiana.

Otro elemento de suma importancia, debatido por diversos teólogos y estudiosos de los Hechos de los apóstoles, es el de la comunión de bienes, presente en Hch 4, 32. Fernández (2020) expresa la comunión de bienes como un acontecimiento que no solo se define por el compartir de lo material, sino, además, la comunión-unió espiritual y doctrinal a la que aluden los sumarios. La fracción del pan, es quizá, la característica más relevante de la *Koinonía*, puesto que hace referencia a la cena del Señor, a su mandato: “hagan esto en memoria mía” (Lc 22,19).

Para Tomichá (2020), la unidad que existe entre los tres sumarios de la vida de la comunidad primitiva, son la fuente de la comunión (Hechos 2, 42-47, 4f, 32-35 y 5, 12-16). Existen unas constantes que hablan del deseo profundo de una vida auténtica o de algunos rasgos característicos, no solo utópicos, de la vivencia cotidiana de la comunidad cristiana, como lo son: la enseñanza de los apóstoles, la suma de nuevos miembros, la vida de oración, la fracción del pan y la comunión de bienes. De igual modo, se dejan entrever diversos conflictos, elementos necesarios en el proceso de maduración y desarrollo de una comunidad.

No se puede omitir el elemento de la oración; no se puede consolidar “un mismo corazón y un mismo espíritu” sin la fuerza misma del Espíritu que caracteriza la comunidad cristiana después del acontecimiento de pentecostés que la transforma, dando un nuevo sentido a la liturgia. Ya no son solo los salmos sino un nuevo modo de orar, una forma de entrar en comunión con Dios. La dinámica individualista se ve así superada por una liturgia comunitaria, “un mismo sentir”.

De Juan (2020) por su parte concluye que “La *κοινωνία* es un ideal de vida para las comunidades de los primeros creyentes con el que pretenden identificarse y que responde al mandato de Cristo” (p. 124); visto de este modo, los sumarios no son ideales irrealizables, sino proyectos de vida que se van consolidando en el camino de hacerse comunidad, si el ideal fuera meramente utópico, el desánimo por mantenerlo hubiera minado el corazón de las comunidades cristianas, pero por el contrario el proyecto posible los hace partícipes de la construcción y no espectadores de resultados.

### **Fundamentos eclesiológicos para una eclesiología de comunión**

Durante muchos años el magisterio ha venido reflexionando acerca de la vocación comunitaria de la Iglesia, sobre el llamado que esta ha recibido de su fundador: “ser una” y “ser sacramento de comunión”. El sínodo de los Obispos celebrado en 1985, denominó la eclesiología para la comunión como el concepto clave para comprender

el momento histórico que vivía la Iglesia con el Concilio Vaticano II.

Cristián Roncagliolo (2014) expresa: “Cuando hablamos de eclesiología de comunión no hacemos referencia a una comprensión eclesial de carácter organizativo o de reparto de funciones o de poderes, sino esencialmente como una comunión con Dios por Cristo en el Espíritu Santo” (p. 2). Comprendido de esta manera, el misterio supera por mucho, los formalismos humanos convirtiendo a la Trinidad en la fuente misma de la eclesiología, en la experiencia que sustenta la vocación a la vida de comunidad dentro de la Iglesia y que denuncia los deseos de protagonismo humano que tiende a crear rupturas irreparables en el seno de la comunidad.

Rigal (2001) siguiendo esta misma línea indicará que la raíz misma de la eclesiología es la comunión trinitaria: “El Padre hace existir a la Iglesia por la misión conjunta del Hijo que la instituye y del Espíritu que la constituye” (p. 79). Se ratifica, una vez más, que la fuente originaria de la eclesiología para la comunión es el misterio relacional de la trinidad, que se proyecta en la comunión con la humanidad, reflejo de esta unidad perfecta, aunque constituida, sin lugar a duda, por la realidad frágil del ser. De esta manera se comprende que la Iglesia no es una simple estructura organizativa, sino que es misteriosa, en cuanto no parte del querer o decisión humana, sino de Cristo.

Roncagliolo (2014), asumiendo la constitución dogmática *Lumen Gentium*, descubre que la eclesiología de la comunión se fundamenta en la filiación que es la unión íntima con Dios y en la fraternidad, la relación íntima con el Hijo y entre hermanos (LG, nn. 1, 8, 9). Por ende, la filiación y la fraternidad no designan modos de relación, sino que son, de igual manera, fundamentos de la eclesiología para la comunión, estructuras de sentido que soportan el ideal de tener un mismo corazón y una sola alma (Hechos 4, 32).

Para nadie es un secreto que el Concilio Vaticano II revolucionó todas las esferas de la Iglesia y del mundo, abrió las puertas a un concepto nuevo y, al mismo tiempo, antiguo. La expresión: Pueblo de Dios, traduce que “todos somos Iglesia”, miembros activos del cuerpo místico de Cristo, cada uno desde su vocación particular y modo de servir (LG 4,9,10,18,31); en palabras de Celis (2018) “La Iglesia es una comunidad de seres humanos, impulsada y unida por el Espíritu” (p. 18). Así que todo “lo posible” en términos de renovación y comunión, se comenzó a evidenciar después del Concilio Vaticano II; tal y como lo expresó el Papa Juan XXIII este abría las puertas y ventanas a nuevos aires de frescura.

Jesús Madrigal (2017) en su texto “Trazos fundamentales de la eclesiología del concilio Vaticano II” ofrece las líneas fundamentales de la eclesiología de este Concilio: la pastoral y el ecumenismo. Líneas que responden al deseo de Juan XXIII y a la reflexión que, en su momento,

hizo el cardenal Karol Wojtyła, cuando señaló que el Concilio Vaticano II no era un encuentro de determinaciones dogmáticas, sino más bien un momento del Espíritu que llamaba a la Iglesia a la renovación pastoral y misionera.

Madrigal (2017), señala que la reflexión eclesiológica recogida por el Concilio en sus diversos documentos, es acerca de una Iglesia ad intra y una iglesia ad extra, es decir, una iglesia que se reflexiona a sí misma, que se evangeliza y renueva para luego ir y abrirse a los otros, una iglesia dispuesta a dejarse ver por el mundo. La eclesiología de comunión que presenta el Concilio Vaticano II, es una dinámica de movimiento continuo, de dentro hacia fuera y de fuera hacia dentro, cambiando el antecedente de una iglesia replegada sobre sí misma.

Bajo la luz del Concilio Vaticano II, surgen procesos de reflexión y renovación, de manera especial en América Latina, que marcarían un antes y un después para los pueblos empobrecidos y marginados, que pasaron de ser consumidores de doctrina a convertirse en protagonistas del proceso de cambio. La conferencia Episcopal de Medellín, llevada a cabo en el año de 1968 fue, es y será un punto de partida a la hora de hablar de la renovación en América Latina y es, sin duda, una comprensión aterrizada de la eclesiología de comunión propuesta por el Concilio.

Rolando Ibérico (2018) añade un elemento fundamental dentro de la comprensión de la eclesiología de la comunión: “La Iglesia como sacramento de salvación y liberación” (p. 22) lo cual es una referencia directa al abandono de la Iglesia de cristiandad, que se basaba en las prácticas sacramentales y el vínculo con el poder político y militar, para insertarse ahora en las venas sufrientes del pueblo herido, marginado y violentado. Al respecto de ello se dirá: “Medellín significó el nacimiento de una Iglesia “fuente”, capaz de reconocer la centralidad de los problemas y desafíos sociales, culturales, políticos y económicos, como estímulos para la reflexión teológica y forjar una espiritualidad continental” (Gutiérrez, 1993, p. 43).

La eclesiología de comunión, desde documentos como Medellín, Puebla y Santo Domingo, no es simplemente un resultado de la reflexión conciliar, sino una exigencia histórica y espiritual que urde sus raíces en el evangelio. La eclesiología de comunión es la verdadera vocación de autoridad que ejerce la Iglesia cuando se pone al servicio del pueblo de Dios y asume como propia su realidad e identidad, tal y como lo expresó el teólogo Jon Sobrino (1990):

*La Iglesia no debiera buscar su identidad primeramente en la relación horizontal con otras realidades creadas para acercarse o diferenciarse de ellas, pues descubre su identidad poniéndose delante de Dios, dejando que la irreductible alteridad de Dios la anime y la juzgue, la ilumine y atraiga... La Iglesia para saber quién es ella misma, debe tomar absolutamente en serio el presente.*

Estas palabras, recuerdan que la Iglesia tiene

como identidad la relación de intimidad con Dios en el servicio permanente al pueblo de Dios, en la comprensión de su realidad y en ese verse a ella misma en el rostro sufriente de un pueblo crucificado.

El concilio fue la puerta que se abrió para que se hiciera posible el grito silenciado de renovación y liberación; para que se hicieran posibles las comunidades eclesiales de base; la participación del pueblo de Dios en la liturgia y en la vida pastoral de la Iglesia; la reflexión en torno al papel del laico y de la mujer y el verdadero sentido de la jerarquía como servicio. Sobre ello dirá el Papa Francisco: “Hoy es necesario convertir a la Iglesia en la “casa paterna” donde hombres y mujeres sean acogidos con la complejidad de sus defectos, anhelos, deseos y esperanza” (Evangelii Gaudium (EG), nn. 46 – 49).

Algunos papas de la Iglesia, han tenido mucho que decir respecto al tema de la eclesiología de comunión, entre ellos el Papa Juan Pablo II, quien desde el Concilio Vaticano II, impulsó en cada una de sus intervenciones la búsqueda de la unidad, la misión como irradiación del misterio de Cristo y el diálogo; elementos que, años después, fundamentarían su propio ministerio como pontífice. De igual manera -aunque sin fuerza para muchos sectores de la iglesia- el Papa Benedicto XVI, desde la catedra de Pedro y aun cuando era cardenal, habló en nombre de la eclesiología de comunión, llamando a la Iglesia a la comprensión real de ese ser pueblo de Dios, cuerpo místico de Cristo y reflejo del amor Trinitario. Benedicto XVI, habló de aquellos elementos que crean comunión entre los miembros de la Iglesia, tales como la liturgia, la Palabra de Dios y la misión.

Bajo esta misma bandera, pero con un pensamiento más desde la teología latinoamericana, se ubica en Papa Francisco. Así lo señala Pié-Ninot (2018):

*la eclesiología del Papa es la eclesiología del pueblo de Dios. Eclesiología de una Iglesia en salida, Eclesiología centrada en Cristo; Eclesiología de una iglesia madre, misericordiosa y samaritana; eclesiología de una Iglesia en conversión pastoral y estructural; Eclesiología de la comunión eclesial poliédrica (p. 1).*

Se hace comprensible que, la línea sobre la que caminan los papas, es la línea del concilio, cada uno desde la realidad social, religiosa, política, económica y cultural que tuvo que enfrentar en el momento que ostentó y ostenta la sede Petrina.

Recapitulando un poco este apartado, se comprende que el mayor fundamento eclesiológico de la eclesiología para la comunión es la Trinidad como fuente primigenia de unidad y testimonio de la misma, además, del misterio que ella misma encierra y que juntos se convierten en líneas transversales de renovación y vida para la Iglesia de hoy: filiación y fraternidad, fundamento que se ampliara más adelante.

De igual manera, el Concilio Vaticano II introduce

la eclesiología de la comunión, no solo como un concepto que embellece la reflexión, sino, como un eje transversal en la vida de la Iglesia. Dicha acción la realiza a través de diversos documentos inspirados por el mismo Concilio, así como las inspiraciones doctrinales, pastorales y misioneras de los Papas del siglo XX y XXI.

### **“Dios Comunidad”: la Trinidad como fundamento de la Eclesiología de la comunión**

Diversos pasajes de la escritura en el segundo testamento hacen presente en medio de la comunidad cristiana el misterio de la Santísima Trinidad, entre ellos el mandato misionero puesto por el evangelista Mateo, quien, con el ánimo de reforzar la misión de la Iglesia, pone en boca de Jesús: “Por tanto id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28, 19). El bautismo de Jesús en el Jordán es una de las manifestaciones del misterio trinitario que llama a la unidad y que convoca a nuevos miembros a incorporarse a la Iglesia: “Bautizado Jesús salió del agua, y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu Santo que bajaba en forma de paloma y venía sobre él” (Mateo 3, 16-17). De igual modo, el apóstol Pablo refiriéndose a este misterio, saluda a la comunidad de Corinto bajo una fórmula trinitaria, que por sí sola es un llamado a la unidad: “La gracia del Señor Jesús, el Cristo, y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros” (2Corintios 13, 14).

Pasajes como estos son apenas una pincelada en la comprensión teológica que hizo la comunidad cristiana del misterio de la Trinidad, para quienes esta no era inalcanzable e incomprensible, sino que era la esencia misma de la fe, por ende, no es un misterio porque sea oculto, sino porque se va develando con naturalidad, un misterio que no busca ser comprendido sino amado y asimilado, sin embargo, los procesos histórico-doctrinales, muchas veces mal entendidos, hicieron de este misterio algo lejano, etéreo y espiritualista, cuando la Trinidad quiso quedarse entre los hombres para acercarlos, muchos la alejaron para comprenderla y al no poder hacerlo la elevaron a esferas inalcanzables, incluso cuando el mismo Jesús la reveló con sus palabras y signos, como unidad de amor. Sobre ello dirá la Iglesia:

*La Trinidad es un misterio de fe en sentido estricto, uno de los misterios escondidos en Dios, “que no puede ser conocido si no son revelados desde lo alto” Dios ciertamente, ha dejado huellas de su ser trinitario en su obra de Creación y en su revelación a lo largo del A.T. Pero la intimidad de su ser como Trinidad Santa constituye un misterio inaccesible a la sola razón e incluso a la de fe Israel antes de la Encarnación del Hijo de Dios y el envío del Espíritu Santo (CIC. n. 237).*

Estas palabras del Catecismo de la Iglesia Católica no

presentan un misterio inalcanzable, sino un Dios que se revela en todo cuando existe y que logra dejarse ver en el misterio de la encarnación, pero en ocasiones, Dios es tan sencillo que se hace complejo a los ojos de una humanidad que, si no ve signos y prodigios no cree (Juan 4, 48).

El misterio de la Trinidad es para la teología de manera indiscutible el modelo y fundamento de la eclesiología para la comunión. A esta relación estrecha Trinidad-Iglesia, se adelantó el teólogo y sacerdote dominicano Michel Philipon (1966), al afirmar en su reflexión La Santísima Trinidad y la Iglesia: “El misterio de la Iglesia no se explica más que a luz de la Trinidad” (p. 149). No se pueden entonces desligar estos dos misterios, que al fin y al cabo son uno solo, la Trinidad fundamento de la eclesiología para la comunión y la eclesiología para la comunión reflejo vivo del misterio Trinitario. Es un misterio inmerso en el otro, pero reconociendo que la Trinidad sin la Iglesia-institución, existe, pero que esta sin la Trinidad no puede existir y por ende no podría dar testimonio de comunión sin tener el referente teológico-espiritual de la Trinidad.

A la luz del pensamiento del Concilio Vaticano II, el teólogo y catedrático Santiago Madrigal (2017), expresa:

*En los textos conciliares ha quedado plasmada la triple relación: que la Iglesia nace de la Trinidad (origen); que la Iglesia hace visible la comunión divina en medio del mundo (forma); que la Iglesia tiene como meta y horizonte definitivo el misterio divino (destino) (p. 66).*

De esta manera se refuerza el lazo relacional entre la Trinidad y la Iglesia y se establece una coherencia de proceso en la comprensión que hace la Iglesia del llamado a fundirse con el misterio del Dios Uno y Trino.

Para Orlando Castro (2014), “El plan de salvación de la humanidad tiene su origen en la Trinidad y llega a su cumplimiento gracias a la perfecta comunión entre las tres personas divinas” (p. 10). El plan salvífico es comunitario, todos han sido incluidos en el plan del Padre que hace a todos hermanos en el Hijo por la acción amorosa del Espíritu Santo, pero la comunidad humana puede considerarse salvada solo en relación con el misterio de comunión divina, de esta manera no se puede hablar de eclesiología para la comunión si se desiste del misterio trinitario, pues como se refería anteriormente, son misterios que se complementan para hacerse uno.

La iglesia como comunidad comunión se alimenta de la auto donación de la Trinidad, y hace de la Palabra, la vida sacramental y la caridad, fuentes inagotables de su vida y acción misionera. Sin el misterio Trinitario sería imposible hablar de la Iglesia y mucho menos presentar un modelo de vida espiritual, tal y como lo es la eclesiología para la comunión.

En el primer bloque de esta reflexión, se han delineado de manera simple y profunda, algunos fundamentos bíblicos y teológicos de la eclesiología de la comu-

nión, que realzan su importancia y significación para el hoy de la iglesia y para la fe, en contravía a un modelo de sociedad individualista, egoísta y ateísta.

## **Necesidad histórica de una eclesiología de y para la comunión**

Justificar, significar y releer (resignificar) es el camino pedagógico que debe seguir la iglesia de hoy, lo cual es imposible si se desatenta la voz de la historia, quien al fin y al cabo en cada tramo de tiempo ha ubicado los fundamentos antes vistos y en su devenir cuestiona no solo el hoy de la eclesiología de la comunión, sino que la ha de presentar como proyecto permanente. Ahora, siguiendo este camino, urge releer y significar la eclesiología de la comunión y para la comunión.

La Real Academia de la lengua Española define la palabra “necesidad” (del latín *necessitas*) como un impulso irresistible que hace que las causas obren infaliblemente en cierto sentido. De esta manera, la necesidad histórica es el conjunto de eventos que ocurren dentro de la espiral temporal para dar origen a algo, no como una predestinación de hechos, sino como algo que es inevitable, consecuencia de las circunstancias históricas y vitales.

La historia humana y en ella la historia de la iglesia, está construida a base de eventos temporales, que han afectado positiva o negativamente el binomio espacio-tiempo, las consecuencias de los hechos desembocan en repercusiones históricas, aprendizajes y toma de decisiones, urgencias, criterios y líneas de acción para contener, corregir o mantener el resultado del evento en la historia. ¿A dónde vamos con todo esto? A la conclusión de que la eclesiología para la comunión es una respuesta histórica a una situación también histórica, es un reclamo del tiempo no solo para la Iglesia sino para toda la humanidad. Guerra (2020) descubre que la comunión es un camino que crece, que va de la relación de Dios Trinidad con el ser humano y de este con Dios, de los hombres entre sí y de estos con el todo, ese todo es el mundo, la realidad y la historia, donde la iglesia es presencia.

*La Koinonía fraterna es un matiz que hace que la iglesia manifieste visiblemente en la historia en misterio de comunión, con la referencia siempre hacia Dios [...] El pueblo de Dios es el conjunto de todos los fieles que participan de la historia de la salvación; en efecto, la divinidad quiso santificar a los hombres no aisladamente sino constituyendo una comunidad (Guerra, 2020, pp. 62- 63).*

La propuesta de Jesús es comunitaria; así se deja ver en el evangelio: “ya no llamo siervos sino amigos, ustedes son mis amigos” (Jn 15, 15) o expresado por el cuarto evangelista: “Que sean uno como tú y yo Padre somos uno” (Jn 17, 21); “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos” (Jn 15,5). Así lo comprendieron las comunidades

cristianas del primer siglo: “Tenían un solo corazón y un solo espíritu” (Hch 4, 32-37), “cada día se agregaban muchos más” (Hch 2, 47). Sin embargo, no siempre fue posible mantener este ideal de comunión en el devenir histórico. Muchos momentos de oscuridad y división minaron la historia humana y por ende la historia de la Iglesia.

Forte (1996) explica como la segunda guerra mundial manifestó una crisis superior a la primera, advirtiendo al mundo de la necesidad de “reconciliación y encuentro” situación que interpelaba fuertemente a la Iglesia (p. 63). Aunque el grito de la humanidad era de paz, después de la guerra, los seres humanos se distanciaron aún más, a escalas superiores, mientras naciones enteras de sumían en la miseria otras se enriquecían con tecnicismo y progreso industrial, generando una brecha (hasta el día de hoy) de desigualdad y poder de unos pocos sobre muchos. Dios era cada vez “menos útil” a la hora de superar la crisis, pero cuando el hombre descubre el error, se atreve a interrogar a la Iglesia.

Este autor hace el siguiente comentario señalando que la respuesta que da la Iglesia es la eclesiología de la comunión:

*Iglesia pueblo de Dios, Iglesia sacramento, Iglesia comunión de personas y de iglesias, ideas que asumirá el Concilio Vaticano II, rechazando la reducción de la comunión eclesial solamente a la realidad espiritual o solamente a la realidad visible, para proponer el misterio de comunión que brota de la Trinidad (1996, p. 64).*

Así, la necesidad histórica de comunión ante realidades de violencia, poder e indiferencia, hace que la Iglesia vuelva los ojos a su origen: a la Trinidad, al proyecto de filiación y fraternidad propuesto por Jesús; a la eucaristía como el mayor signo de comunión y además, se abra a la propuesta ecuménica y sin dejar de interrogarse ante su ser y quehacer en el mundo. Una iglesia en salida, capaz de ir incluso hacia sí misma como la más necesitada de renovación.

Víctor Codina (2008) teólogo defensor de la teología de la liberación, hace en este sentido una fuerte crítica al documento de Aparecida, curiosamente tan tenido en cuenta para los procesos de renovación eclesial y pastoral de la Iglesia. La idea de citar este autor, no es del todo una aprobación a su crítica, sino resaltar algunos de los problemas que deben ser cuestionados por la Iglesia históricamente para que exista una auténtica eclesialidad

*Aparecida* no condena explícitamente al sistema económico neoliberal responsable de la injusticia estructural que causa tanta pobreza. El tema de la vida resulta poco significativo y excesivamente espiritualista, no hay avances en la cuestión de ministerios, no surgen cambios en la pastoral familiar y matrimonial. Todo el documento tiene una connotación más eclesial que social, está más preocupado del pueblo de Dios que del pueblo pobre, más centra-

do en la Iglesia que en el Reino de Dios (p 79)

### **¿Cómo definir la Eclesiología de la comunión?**

Guerrero (1997) haciendo eco del sínodo de los obispos de 1985, define como primera línea de comprensión teológica la comunión. El cuerpo eucarístico edifica la íntima comunión de todos los fieles.

¿Qué significa la palabra compleja comunión? Se trata fundamentalmente de la comunión con Dios, por Jesucristo en el Espíritu Santo. Esta comunión se tiene en la Palabra y en los sacramentos. Ya el Concilio Vaticano II expresaba que el bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión, la eucaristía es la fuente y el culmen. (LG, 1965, n. 11).

Comprendida de esta manera la eclesiología de comunión, no puede verse reducida a simple desarrollo de cargos jerárquicos y/o procesos administrativos, sino que es el corazón mismo de la Iglesia, tal y como lo diría Santa Teresita de Lisieux “En el corazón de mi madre la Iglesia, yo seré el amor”. La comunión eclesial o la eclesiología de comunión son el fuego que arde en el corazón del cuerpo místico de Cristo, que corre por sus venas y mantiene viva la unidad.

Guerrero (2017) en su artículo La comunión eclesial, signo de fraternidad, señala que: “hablar de comunión eclesial es hablar de personas libres, diversas que se saben, se respetan y se quieren diversas, que se acogen y celebran esta diversidad como una riqueza” (p. 184) se comprende así que la eclesiología de la comunión es un misterio de relación entre personas, Dios es persona y se relaciona. La iglesia es y se constituye en comunión y presume de ello su identidad.

Benedicto XVI (2005) explica a la luz de la Lumen Gentium el sentido que esta da a la eclesiología y resalta el concepto de pueblo de Dios, como fue acogido por el Concilio Vaticano II y que está ampliamente explicado en el capítulo dos. El papa busca a través de la comprensión del verdadero concepto de pueblo de Dios, dar luz o vía segura a la eclesiología de comunión, sin embargo, propone desvestir el concepto pueblo del uso político marxista, que la teología de la liberación aplicó a la Iglesia, en su renuncia a las estructuras y jerarquías, este impulso sin discernimiento encendió, como el mismo lo expresa: “fuegos artificiales de palabras” en torno al concepto de pueblo de Dios que no puede por ningún motivo desistir de los ministros, es decir, la iglesia necesita orden, necesita gobierno, pero debe ser con objetivo espiritual y no político. De esta manera parece que el papa afirma lo que desea la teología de la liberación y denuncia al mismo tiempo la pretensión anárquica.

¿De qué sirve entonces comprender el concepto de pueblo de Dios a la hora de definir la eclesiología de comunión? Para comprender que la eclesiología de comunión no es una iglesia que existe para sí misma, que la organización

no debe limitar la participación y que la iglesia son todos los cristianos sin excepción, con sus dones y carismas.

*Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra es con el padre y con su Hijo Jesucristo, os escribimos esto para que nuestro gozo sea perfecto (1 Jn 1, 3).*

La comunión es según el texto de Juan y según el Papa Benedicto XVI, “el encuentro con el Hijo de Dios que llega a todos los hombres a través del anuncio de la Iglesia” (p.4) naciendo así la relación fraterna entre todos los hombres y de estos con Dios Trinidad, esta comunión se traduce en el gozo perfecto al que hace referencia el mismo texto. “La comunión tiene un carácter teológico, cristológico, histórico – salvífico y eclesiológico” (Benedicto XVI. 2005. p. 4).

La comunión encierra una dimensión sacramental, la unidad del cuerpo de Cristo que es la Iglesia está dada por el Hijo que se ha dado en su cuerpo y en su sangre, lo que une a los cristianos es el mismo alimento

*El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan (1 Cor 10, 16 – 17).*

Queda claro entonces que la “eclesiología para la comunión en su aspecto más íntimo es eclesiología eucarística” (Benedicto XVI, 2005. p. 5) El Hijo de Dios es la fuente de unión entre los miembros de la Iglesia, que bajo un mismo alimento hace de todos hermanos y da sentido espiritual a la organización y no al contrario, porque caer en esta discusión de poderes es caer en la tentación que experimentaron los discípulos alguna vez, cuando discutían entre ellos quién era el más importante, olvidando que el más importante estaba con ellos y estaba dispuesto a dar la vida (Marcos 9, 33-37).

J. María Guerrero (1997) plantea la eclesiología de comunión como don y tarea de la Iglesia y para la Iglesia, estableciendo que su origen -como se ha venido enfatizando- es la comunión trinitaria y que se desarrolla en la misión. Siguiendo los pasos de este autor, la eclesiología de comunión y para la comunión es vida, y esta vida se recibe, si se permanece en Cristo, y se permanece en Él si se ama “es decir si se participa de la misma vida de Cristo. La ruptura de comunión con Dios rompe la comunión con los hermanos” (p. 6). La comunión eclesial o eclesiología de comunión es el compartir de la misma dignidad de hijos de Dios y allí no priman las jerarquías, donde todos son llamados a la misión y evangelización en el mundo (EG, 2013, n. 20) El único requisito es ser bautizado, la misión, por tanto, es un acto de amor corresponsable que estrecha los lazos

de comunión.

La comunión eclesial, es la respuesta de personas libres, que construyen Iglesia desde la diversidad de sus dones y carismas. La libertad de la que gozan ha sido dada por Cristo y responden a ella con responsabilidad involucrándose en la vida de la Iglesia, es decir, participando. La eclesiología de comunión “constituye la base de una comunidad orgánicamente estructurada, con un principio de complementariedad” (J. Guerrero 1997. p.7).

Para Sop (2014) “la eclesiología de la comunión es la realización concreta de la Iglesia como misterio y que debe tener como objetivo ayudar a los cristianos a comprender y vivir su fe desde la comunidad y su fidelidad a Jesucristo” (p. 58) Esta comprensión de Sop, no solo expresa aquello que es la eclesiología de la comunión sino el objetivo de la misma en la vida del cristiano, además de dejar claro aquello que en esta reflexión se ha repetido una y otra vez: la eclesiología de la comunión es la identidad de la Iglesia.

## **La eclesiología de la comunión un grito profético para la Iglesia de hoy**

El profeta es un consagrado, es decir, un separado de Dios para ser su voz en medio de un pueblo ensordecido que la atiende incorrectamente y por ello se desvía del plan divino, esto hace que el profeta sea la voz que clama, grita, pregona, exhorta y aconseja en una sola dirección: volver al camino del Señor. El profeta es la memoria de Dios en medio de un pueblo olvidadizo, que relega los signos y prodigios y añora las cebollas de Egipto y con ellas los castigos y trabajos de la esclavitud, por tanto, es tarea del profeta llamar a la memoria, sanar la amnesia del pueblo. El profeta es el hombre que no pasa de moda, porque siempre tendrá algo que decir a la historia y sus acontecimientos, porque el profeta no es tan solo un hombre, sino la voz de Dios que se hace presente en medio de cada realidad.

La eclesiología de comunión es un grito, un clamor profético para el pueblo de Dios que es la Iglesia, una voz que clamaba desde los tiempos de Jesús y que se hizo escuchar como una súplica unánime durante el Concilio Vaticano II. La eclesiología de comunión como los profetas del primer testamento no pasa de moda, porque responde y corresponde a las necesidades históricas de los hombres y mujeres de todas las épocas, a las situaciones humanas presentes: la relación del hombre con la creación; la ruptura constante de la fraternidad universal; los conflictos humanos de carácter religioso, político, social y cultural; las divisiones internas en posiciones de carácter doctrinal, jerárquico y/o pastoral.

La eclesiología de comunión no es un discurso o una experiencia desgastada en documentos y reflexiones, es un profeta que le habla al oído del mundo y de la Iglesia y que mantiene en función su corazón para irrigar con

procesos de participación y corresponsabilidad todos los miembros del cuerpo místico de Cristo.

Castro (2014) plantea la pertinencia del ser eclesial, afirmando “La Iglesia no es simplemente una institución, es un modo de existencia, una forma de ser” (p. 29) por tanto, si la iglesia es un modo de ser, es de igual manera una exigencia de SER, es decir, es búsqueda de identidad para el cristiano, es responsabilidad y al mismo tiempo un llamado. Si se es Iglesia, entonces la obligación es serlo con todo lo que ella implica, especialmente ser comunión, recayendo sobre todos, el sentido profético de este misterio de unidad.

El clamor profético que es la eclesiología de la comunión, exige de igual manera, pasar de la iglesia vertical y piramidal a la iglesia comunión, como lo expone en el capítulo III de su tesis R. Sop (2014) cuando señala que para una eclesiología de la comunión hay que pasar de la territorialidad a las relaciones, del clericalismo a la participación y del ritualismo a la vida sacramental (pp. 58-63) dar estos pasos significaría para la Iglesia de hoy un auténtico despertar, asumir con radicalidad el proyecto liberador de Jesús diseñado para liberar.

Sop (2014) evidencia que el espíritu profético en la iglesia tiene nombre y debe ser formado “La iglesia desde la participación y la formación teológica e integral debe ser un lugar donde se forma la conciencia crítica de la persona” (p. 78). profundidad de este planteamiento revela que la eclesiología para la comunión, no es espiritualista sino realmente espiritual, que no está encubierta, sino en situación, es decir, se deja permeable por la realidad social, política, económica y cultural, sacude el corazón del cristianismo y le hace abrir los ojos ante procesos de secularización, pobreza, exclusión económica, relativismo e individualismo. Sop, indica además que “una iglesia comunión liberadora deber tener la capacidad de interpretar los signos de los tiempos. Esto requiere sensibilidad, reflexión y análisis de los hechos se van presentando en la historia” (p. 78). La liberación es un camino por recorrer, es una constante que no permite detenerse pues el tiempo y la complejidad de los acontecimientos no se detienen. Los signos de los tiempos son el paso de Dios por la historia, la lectura trascendente que el hombre hace de la acción de Dios. No va por un lado el actuar de Dios y por otro la historia humana.

¿Cuál es el llamado que ha recibido la Iglesia, según la eclesiología de la comunión? Aparicio (2020) responde indicando que está convocada a ser una para el mundo. Una comunidad eclesial capaz de responder al hoy, de responder a los propios desafíos que se plantea y crecer. Según él, los signos de la creciente comunión en la Iglesia son:

*Las comunidades eclesiales de base y su formación; el llamado insistente para retornar a la opción preferencial por los pobres; el gran número de mártires que deja ver una*

*iglesia dispuesta a librar la muerte y dar testimonio; el deseo de conocer las tradiciones culturales, espirituales y religiosas de otras culturas; los documentos de la Iglesia cada vez más pastorales y el acercamiento entre los magisterios de la iglesia y otras iglesias (2020, p. 3).*

Marín (2020) plantea que el llamado que recibe la Iglesia es la reforma desde el pueblo para la comunión, idea que surge según el autor en el magisterio del Papa Francisco, especialmente en la *Evangelii Gaudium*:

*El proceso de reforma eclesial plantea una serie de actitudes esenciales para abrir espacios y generar la disposición de cambio: centralidad en el amor, la comunión entendida como armonía no uniformidad, la paciencia en los procesos, la renovación a partir del kerigma (p. 70).*

A la iglesia le urge escuchar y obedecer el llamado de Dios, a través del clamor del pueblo, que espera ser parte integrante de y no simples espectadores de momentos rituales. La iglesia de hoy debe dejarse interpelar, cuestionar y confrontar por la realidad y no puede responder con meros discursos; debe ser contundente y testimonial, debe ser comunitaria y profética, debe ser capaz de opinar, debatir y cuestionar sin dejarse enredar por los hilos del más fuerte, puesto que debe hacerse del lado de los débiles.

Para Scannone (2015) el llamado de la iglesia es la respuesta y conversión pastoral, bastante comprensible esta petición a la luz de la eclesiología de la comunión, ya que para hablar de comunión no basta con pertenecer por tradición o querer a la iglesia, sino que exige ser evangelizado y asumir la vocación evangelizadora, cuando esto pasa en el bautizado, se experimenta iglesia, se sabe parte de un todo, encuentra su función y tarea en el cuerpo místico de Cristo. Al respecto dice:

*Aparecida y el Papa Francisco requerirán que la Iglesia realice una auténtica conversión pastoral, supere estructuras caducas y adopte un estado permanente de misión, la cual consiste en una evangelización nueva y renovada que exige luchar por la justicia y el amor (2015, p. 259).*

Si la vida pastoral y misionera de la Iglesia se renueva desde la propuesta de la eclesiología de la comunión, si se acompaña y educa el pueblo en las verdades de la fe, pero de una fe que crece en medio de la realidad y que tiene autoridad para formar y fortalecer la conciencia crítica del cristiano y que además le ayuda a sentirse parte de un todo, hermano de todos y reflejo de la vocación comunitaria de la trinidad, se estará asegurando una iglesia no solo para el hoy sino para el siempre, que responde al ideal de ser y constituirse presencia del Reino de Dios.

La eclesiología de la comunión como se ha venido viendo, hace de la iglesia comunidad-comunión, que ubica

la jerarquía como una pedagogía de orden pero que establece que todos los bautizados son iglesia, he aquí otro reto que plantea la eclesiología de la comunión para el hoy de la iglesia: Privilegiar en serio la presencia del laico, no como un receptor básico de información y doctrina, sino como constructor y testigo de comunión. Al respecto, F. Castro (2020) dice:

*La consagración bautismal es la fuente de todo compromiso en favor del Reino. Esta convicción está justamente en la base de todo el despertar del laicado en el pasado siglo, por tanto, es válido recordar lo que dice al respecto el Concilio Vaticano II: El deber y el derecho de los laicos al apostolado derivan de su misma unión con Cristo cabeza (p. 104).*

Parece prudente habiendo llegado a este momento de la reflexión, que el hoy de la iglesia es la comunión y la necesidad de la misma, que no se puede excluir de ningún ámbito eclesial o social, que llámese como se llame: comunión, comunidad, fraternidad universal... urge una espiritualidad que invierta los valores del eclesiologismo (la estructura eclesial sin vida) es decir, que sea más evangélica, más desde la propuesta del Cristo histórico y menos desde el pensamiento individualista y rivalizante, que ha alejado a los cristianos entre sí y a los cristianos de otras expresiones de fe, demostrado en una Iglesia que habla de ser hermana de todos y no da el paso a ser de todos y para todos, no porque el discurso carezca de estos elementos y mucho menos la doctrina, sino porque la historia y sus eventos así lo dejan ver.

## Conclusiones

La primera comunidad cristiana nacida bajo el acompañamiento de los apóstoles, capaz de elaborar aquella comprensión de lo que debería ser el proyecto de vida cristiano presentado en el sumario de Hechos 4, 32-35, sigue siendo para la iglesia de todos los tiempos un llamado vocacional y profético, que no puede desentenderse o anularse. La línea de tiempo humano se ve atravesada por la espiral del tiempo de Dios (kairós) así que se viva lo que se viva, el llamado a la unidad, a la comunión y a la fraternidad serán permanentes.

La primera comunidad cristiana propuso un ideal que supera los espiritualismos o que por lo menos permite hacer una comprensión y reflexión teológica según el hoy de la iglesia, necesita un solo espíritu y una sola alma, tejerse bajo los mismos criterios, no uniformando las ideas ni obligando a una sola comprensión, pero si favoreciendo una diversidad que una y se preocupe por el palpitar dolorido de tantos pueblos, no solo en el ámbito religioso sino también político, económico, social y cultural.

Una iglesia comunión que no busque adeptos, sino que haga familia de hermanos, para que la fracción del pan material no sea solo entre quienes comulgan la misma fe,

sino también para aquellos que no creen y que consideran no necesitarlo. Para que la fracción del pan eucarístico sea en verdad pedagogía de un Dios que se da como alimento a todos y no que se niega sin tener en cuenta realidades personales, en ocasiones tan complejas y desconocidas, que se juzgan con severidad moral y aislamiento castigador.

Una espiritualidad de comunión que haga de la iglesia un espacio para poner todos los bienes (materiales y espirituales) en común, es decir, donde todos y todo tenga cabida, donde cada don y talento sea valorado, independiente de que sea uno, cinco o diez, tal y como lo narra la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30): para los sirvientes el valor está en lo recibido para el Señor el valor está en lo que se haga con lo recibido.

Así, urge una iglesia educadora, que no crezca porque tiene más católicos en las estadísticas, sino porque cuenta con iglesias vivas, kerigmáticas, comunionales y ministeriales, donde todos tienen espacios de participación, que supera la básica colaboración que ha relegado al laicado a un servilismo de pequeñas acciones.

Una iglesia donde los apóstoles den testimonio de la resurrección, es decir, donde los pastores sean testigos de la vida, comunicadores de la experiencia de Dios y una experiencia que supere la figura de funcionarios proveedores de doctrina, tan necesaria, pero en ocasiones expuesta sin fuego en el corazón, carente de encuentro con el Señor y por ende tan difícil de conectar con los hermanos.

De esta manera la primera conclusión está en el marco de la primera comunidad cristiana y su voz para el hoy de la iglesia. Quizá sea un ideal plasmado en el libro de Hechos de los apóstoles, pero es en realidad un proyecto que supera el tiempo y que sigue cuestionando el ser de la iglesia, es un llamado a la identidad, a retornar a la fuente que es el querer de Jesús, a una iglesia que ore mirando al cielo pero que se involucre creando y siendo comunidad.

De la misma manera que el libro de Hechos de los Apóstoles, el Jesús histórico tiene mucho que decir a la iglesia de hoy, sobre todo en lo relacionado con la comunión: lo primero, sería un reclamo ante el olvido de lo esencial según la propuesta del Evangelio. Observaría, como los vestigios de la comprensión judía de Dios persiste en el corazón del pueblo cristiano, que prefiere un Dios poderoso, milagrero, de alguna manera castigador y que se elige un solo pueblo marginando a los demás, todo esto, antes que a un Dios que hace la opción por lo humano, por la comunidad y todo lo que con ella se relaciona. El Jesús histórico, no funda una iglesia para aislarla del mundo, Jesús crea una comunidad de amigos para ponerlos en contacto con lo humano, con la realidad de todos, con un ideal más universal, que supera los exclusivismos. La iglesia que Jesús en realidad propone se llama: comunidad. Una comunidad que entre en comunión con la Trinidad, que

entre en diálogo consigo misma, que se abra al mundo y se convierta en signo de unidad.

Cuando el Concilio Vaticano II, como en un salto de fe hablaba de una eclesiología de la comunión, no hacia otra cosa más que recordar todo cuanto la iglesia es y hace al servicio de la comunidad, con la tarea de construirla y conservarla, tanto en el ámbito trascendente espiritual como material social. Hablar de eclesiología de la comunión es señalar que la iglesia es comunidad, constructora de comunidad y, sobre todo, servidora de la comunidad. Esta idea indica que la iglesia comunión debe impulsar y formar a la misma comunidad, no solo adoctrinarla; debe quitarse el miedo a hablar con la verdad y asumir posiciones en los diversos ámbitos sociales en que hace presencia; no implica tener una iglesia desviada, sino ubicada, justo donde están los hombres y mujeres hoy.

La eclesiología de la comunión es un estilo de vida, una forma de ser y estar en el mundo que da identidad a la iglesia, que le permite responder a su más grande ideal que es el misterio trinitario de un Dios que es comunidad, profundidad en la diversidad hecha unidad sin perder identidad. La eclesiología de la comunión no puede seguir siendo, por tanto, un concepto o una propuesta pedagógica; es una espiritualidad que penetra todo y que urde sus raíces en la propuesta del Reino de Dios, pero lamentablemente se ha convertido en la excusa para fortalecer la visión jerárquica, el infantilismo y servilismo del laicado, el sentido de exclusividad y distanciamiento de otras expresiones religiosas, aunque aparentemente entremos en diálogo, en el fondo, lo que se pretende, se percibe por otros como amenaza a la hegemonía católica.

La Iglesia no es un imperio o reinado; la eclesiología de la comunión hace de la iglesia servidora; todos al servicio de todos, tal y como lo enseñó Jesús. Por tanto, no se puede seguir viendo y viviendo la eclesiología de la comunión tan solo desde la visión Paulina, siendo esta valiosa, pero en tantos momentos lejana del plan primigenio del Jesús histórico para su comunidad. Mientras Pablo presenta una iglesia que para encajar se debe acomodar a ciertos esquemas sociales del imperio y de la religión, Jesús nos presenta una comunidad en contracorriente, autónoma, libre y justa, donde la revolución es el amor, aunque ello implique dar la vida. Jesús se compromete con la realidad y la salvación, esta es la opción de Dios por el ser humano, para Pablo la salvación es la opción del ser humano por Dios.

La iglesia debe volver, simplemente volver, sin que ello implique retroceder, debe retornar a la fuente que es el Evangelio, que es Jesús, al plan original de una comunidad sin meritocracias, decididamente humana, decididamente trascendente, decididamente pastoral y evangelizadora. Una iglesia de comunión y para la comunión, que acerque, que se haga atractiva y novedosa, sin negociar los valores del reino, sin perderse en la maraña de las propuestas del

mundo. Una iglesia comunión que entre en debate y que acepte que no solo es educadora sino aprendiz, que es mediadora pero también mediada. Una iglesia que comprenda en realidad que la eclesiología de la comunión es para la comunión y no para sí misma.

## Referencias

Aparicio, W. (2020) Iglesia católica: llamada a ser una iglesia para el mundo. Bogotá: Universidad Santo Tomás

Biblia de Jerusalén (1975). Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer

Bustillo, O. (2014) La eclesiología de la comunión y su aporte a la pastoral parroquial. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Canto, S. (2008) Una eclesiología de comunión: comunicación y horizonte de esperanza. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Castro, F. A. (2020). El reto del laicado en el marco de una eclesiología total: misión, comunión, formación. *Isidorianum*, 29(1), 87-130. <https://cutt.ly/pRrepAw>

Codina, V. (2008) Eclesiología de Aparecida. *Revista Iberoamericana de Teología*, (6), 69-86. <https://cutt.ly/jRrekfd>

Concilio vaticano II. (1965). Roma. Editorial Vaticano.

Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). Aparecida Brasil.

De Juan, J. (2020). El ideal de comunión eclesial en Hechos de los apóstoles. *Estudio Legionense*, (61) 105-120. <https://www.academia.edu/>

Forte, B. (1996) La Iglesia de la Trinidad. Salamanca: Secretariado Trinitario

Guerra, E. (2020). Creciendo en comunión. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

Guerrero, J. (1997) La comunión eclesial, signo de fraternidad. *Teología y Vida*, XXXVIII, pp. 179-197. <https://cutt.ly/mRren7q>

Marín, J. (2020) El retorno a la eclesiología del pueblo de Dios, aportes desde la teología del pueblo y Evangelii Gaudium. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Pié, S. (2018) La eclesiología del Papa Francisco. *Atualidade Teológica*, 22(58). <https://cutt.ly/sRreD85>

Ramos, J. (2020). "Y tenían un solo corazón y un solo espíritu": Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Roncagliolo, C. (2014) Iglesia en salida, Una aproximación teológica pastoral al concepto de Iglesia en la Evangelii Gaudium. *Teología y vida*, 55(2), 351-369. <https://cutt.ly/PRreXcj>

Ruiz, R. (2018) La eclesiología de Medellín: memoria y desafío para la Iglesia de hoy. *Centro de Estudios y publicaciones*, (250), 20-27. <https://cutt.ly/uRreMZm>

Scannone, J. C. (2015) La teología del pueblo y desde el pueblo- aportes de Lucio Gera. Medellín. *Biblia, Teología Y Pastoral Para América Latina Y El Caribe*, 41(162), 245-261. <https://cutt.ly/lRrrqYY>

Sop, R. (2014) Aportes de la eclesiología de la liberación a la iglesia comunión. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Terrazas Madrigal, J. (2017) Trazos fundamentales de la eclesiología del concilio vaticano II. *Abmeriensis*, X(2), 183-208. <https://cutt.ly/QRrrpSO>

# CAMINO

REVISTA PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL

